

IV

El nuevo hospital de Nuestra Señora de los Dolores es un edificio enorme é inacabado. Tal como está, todavía consigue dar albergue á los numerosos pacientes que acuden á él. En todas partes hay camas, hasta en las salas en construcción, separadas del vacío por simples tabiques. Y también se come en todas partes, hasta en los patios, por encima de los cuales se han tendido toldos, hasta en sotechados, en los que se han colocado tablas sobre bastidores. Y lo realmente extraordinario es que, en medio del bullicio de este campamento, en medio del flujo y reflujó de esas entradas y salidas de enfermos, que llegan y se marchan al mismo tiempo que las peregrinaciones de que forman parte, en esta continua promiscuidad de gentes de todos los países, de las que muchas ni siquiera comprenden el francés, reinan una disciplina fraternal y un orden admirable. La comida, bien preparada,

es servida á tiempo; todos los que no pueden comer solos son asistidos; sacerdotes están de continuo á la disposición de los enfermos que desean confesarse; hay camilleros siempre dispuestos á llevarlos á la gruta ó á traerlos; y, no obstante, sólo unas cuantas monjas de Saint-Frai, encargadas de la cocina y de las salas, bastan para tanta tarea, ayudadas, eso sí, por las enfermeras que acompañan los trenes y por las damas de la hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes.

Todo esto es la resultante de la división del trabajo y de la distribución de los quehaceres, bien entendidas. Desde muchos años que hace que funciona este servicio, todo marcha sin entorpecimientos; pero, no omitiremos decir que los enfermos que aquí vienen para pedir á la Virgen que los cure son enfermos piadosos y resignados, muy dulces, y que las personas que cuidan de ellos, lo hacen por caridad, y aguantarían, creo, en caso de necesidad, muchos malos modos y muchas quejas, antes que pecar por impaciencia. En todo caso, Lourdes es el vestuario de los defectos; aquí quedan depositados al llegar la gente, y de nuevo los recoge ésta cuando se va, pues nada hay tan difícil como despojarnos de nuestros arraigados vicios; pero se efectúa aquí una depuración, siquiera sea momentánea, á más de las mercedes que conceda la Virgen, por el espectáculo de la gratitud de las víctimas de la

vida, y de la misericordia de las que las cuidan.

La entrada del hospital carece de pompa; en el patio que lo precede, detrás de sus verjas que lo aislan de la calle, sólo se ve una multitud de cochecillos. En el momento de nuestra visita, están de regreso de la gruta, y los camilleros, rendidos de cansancio, se tienden, ocupando el sitio de los pacientes, trasladados ya á sus camas; otros conversan, fumando, con compañeros que van y vienen, llevando tazas de caldo ó de leche destinadas á enfermos acostados en camillas, bajo los soportales que hay á lo largo de las terribles salas de la planta baja, las salas de los enfermos de mayor gravedad, en las que se hacina el increíble horror de los males incurables, de las agonías acarreadas, en destartalados vagones de tercera clase, de todos los puntos de Francia y del extranjero, hacia Lourdes.

La de la derecha, reservada á las mujeres, le trastorna á uno el corazón cuando penetra en ella; está atestada de camas muy cercanas unas de otras, y en esas camas yacen mujeres inmóviles que, aun cuando tienen los ojos cerrados, no duermen, pues de repente se abren éstos, espantados, y en seguida se vuelven á cerrar. ¡Qué caras macilentas y exangües! ¡Qué expresión de hartura de todo y de afán de seguir viviendo, de vaga esperanza y de miedo! — ¡La miseria que denotan las ropas y los cuatro trastos, en montón junto á la cama de las enfermas, agrega

la compasión por la escasez material á la compasión por los dolores que padecen esos pobres seres!

Aquí, una se sienta bruscamente en la cama, y, después de algunas arcadas, echa sangre por la boca, á borbotones; acude una señora y le limpia los labios con una toalla; más lejos, otra lanza con ronca voz un breve quejido y se retruece: la rodean inmediatamente, le humedecen las sienas, le hacen respirar sales medicinales, asegurándole que sus tormentos van á concluir, que la Virgen va á curarla.

En la primera fila, sobre una cama, apoyada la cabeza en dos almohadas, está tendida una extraña figura, toda vestida, con los pies ocultos bajo una voluminosa capa de algodón en rama; una señora de edad, sentada al lado de la enferma, que es muy joven, casi una niña, me cuenta su tristísima historia.

La pequeña tiene gangrenados los dos pies. Se han decidido á enviarla á Lourdes, pero nadie había querido viajar en el mismo compartimiento que ella, tan fétido era el olor que se exhalaba de sus úlceras; con tal abundancia corría el pus, que traspasaba todos los apósitos, y que fué menester poner un cubo debajo; tan agudos eran sus dolores, que sus gritos cubrían los silbidos de la locomotora; á cierto momento, no sabiendo cómo aliviarla, esta caritativa señora, que había consentido en quedarse en el estado

de la enferma, sola con ella, le quitó el apósito y le puso los pies en la portezuela, para ventilarlos y refrescarlos.

La desgraciada fué desembarcada en Lourdes con los pies desnudos, pues el más insignificante contacto la hacía gritar; tomó un primer baño en la piscina aquella misma mañana, y, en un minuto, sus llagas se secaron y se volvieron insensibles; ahora soporta, sin siquiera notarla, una gruesa capa de algodón en rama; la señora levanta el algodón y añade: Mire usted, señor. — Y vi pies que habían cesado de serlo ó que aún no lo eran: parecían dos esponjas de un rojo obscuro pero dos esponjas secas. Ni pus, ni sangre, ni olor, ni nada. — Otros cuantos baños más, y Nuestra Señora la habrá completamente curado, dice, sonriéndose, la señora.

Miro á aquella niña y en vano trato de discernir lo que piensa; las facciones son taciturnas, como borrosas; los ojos hablan, pero ¿qué dicen? expresan una resignación infinita, una especie de indiferencia de sí misma... Su mirada manifiesta á la vez alejamiento y dolor, pero sobre todo gravedad. ¿Está absorta en Dios ó solamente atontada por ese brusco cambio de un intolerable padecimiento en un dulcísimo reposo? no sé...

En cambio, ¡qué deliciosa mujer, esa viejecita, fina y distinguida, tan caritativa, tan solícita para su enferma!

Ha aguantado, á su edad, el cansancio de un largo viaje para asistir á ese guiñapo humano, que ni siquiera es de su clase social, al que apenas conoce; y os cuenta todo esto con tanta sencillez, le parece tan natural lo que ha hecho, que se siente uno conmovido al oirla; me pide que vuelva yo otra vez para ver á su protegida, y que rece por ella. ¡Cuanto quieras, buena samaritana!

Uno de los capellanes del hospital, el bueno del abate Darros, viene á buscarme para que asista á la comida de los enfermos impedidos. Heme de nuevo en esos pasillos en donde paran un minuto las señoras, yendo unas á vaciar orinales, y trayendo otras tazones de sopa; llaman á un camillero para alzar á un anciano harto pesado; una señora acude presurosa á un capellán: teme que fallezca el enfermo asistido por ella, y cree que urge administrarle la extremaunción: vamos á ver al enfermo, y el capellán, acostumbrado á ver caras de agonizantes, tranquiliza á la señora, cuyo rostro se serena; aquello es un incesante vaivén, en medio de personas que, plantadas en medio de la sala y charlando, estorban la circulación. Conseguimos, no obstante, salir de entre aquel gentío, y llegamos al refectorio.

Está atiborrado; la gente resulta como sardinas en banasta; jovencuelas, señoras, lindamente ataviadas, distribuyen á cada uno un plato

de sopa, carnero con judías, y de jarras de barro vierten en los vasos vino tinto un tanto aguado. De todo hay en esta sala cuyo único adorno es un crucifijo: enfermos que parecen no tener nada y que comen con apetito; otros que le dan vueltas á la comida, y cuyos semblantes denuncian los males que los atormentan; el cráneo de algunos está envuelto en trapos, lo cual significa que tienen bultos ó heridas; y, por fin, los hay que, á pura fuerza de las mandíbulas, levantan una papera que, mientras comen, baila...; y conste que aquí sólo se ven males... presentables.

Lo mismo ocurre en el sotechado de fuera; la colonia belga se ha instalado en este sitio; alrededor de las mesas, muchachas rubias, con boinas blancas, hablan, se ríen, alegran á los afligidos mientras los están sirviendo; un poco más lejos, bajo los toldos tendidos, en hileras de cochecillos reciben numerosos impedidos su alimento de manos de pacienzudas y caritativas señoras; y, por fin, en el patio, en un sitio aislado, como incomunicado con los demás, están comiendo los monstruos.

Aquí vemos caras leoninas y como enharinadas, que extrañan en nuestros tiempos; esos leprosos se hermanan con los que padecen tumores del cuello, y que proceden de las altas planicies; mujeres, al alzar su velo negro, exhiben la horrenda cara del lupo, que más bien parece de

un muerto que de un vivo: dos agujeros encarnados en vez de ojos, y, como nariz, un as de bastos ensangrentado; otros, devorados por tumores cancerosos de la cara, ya sólo tienen una mitad de rostro; para que no se desvíe el líquido, pasando por el velo del paladar perforado, tiene, un infeliz, que beber echando la cabeza hacia atrás y cerrándose la nariz con los dedos...

En otro rincón, un hombre, afligido de una adenitis, tiene desde la oreja, invadiéndole el cuello, un bulto del tamaño de una calabaza. La cabeza se inclina, arrastrada por el peso, y el hombre tiene que comer echado sobre todo un lado del cuerpo...

Pero, en esta corte de los Milagros, aún hay cosas peores...: un campesino, traído por la peregrinación de Coutances, almuerza aparte, cual niño castigado, vuelta la cabeza contra la pared; se vuelve para pedir pan... ¡oh!

De un agujero sin forma y barroso, que en otro tiempo fué una boca, cuelga una lengua enorme. La piel blanda y morada, como untada de goma, que la cubre, parece muerta; pero lo de dentro se mueve y vive. Las mejillas suben y bajan, cubiertas de pelo de barba; pero, la parte baja de la cara, la barbilla, ¿dónde está? ¿cómo puede ese hombre tragar? y, no obstante, masca la carne, pero ocultándose, pues aquella lengua, llena de no se sabe qué cosa que bailotea, repugna hasta los carcomidos por lupo!

¡Ah, Señor! ten á bien recordar que, para rescatarnos, has querido llevar la librea humana; y, aunque sólo sea en memoria de este lamentable cuerpo que has santificado, al tomarlo, apiádate de ese infeliz, ¡cúralo!

¡Recuerda la imagen de tu Santo Rostro; estaba dolorido, estaba ensangrentado, pero no repugnaba! ¡Salva, por medio de un milagro, la dignidad misma de tu imagen, limpia este rostro inmundo, purifícalo!

« Ese desdichado espanta », me dice el capellán; y me cuenta los apuros que pasó él esta misma mañana al darle la comunión á ese pobre hombre, pues no sabía en qué fisura de aquel antro depositar la hostia...

« Parece ser, añade, que se trata de un cáncer de una especie particular; pero, venga usted... » Y me lleva al sitio de los cochecillos, y me para ante uno de los más pequeños. Del fondo del coche, resguardado por una capota de cuero, asoma una deliciosa cara de chicuela, una rubeja, de facciones delicadas, y con una epidermis tan fina, que por debajo se ve la azulada red de las venas. Una señora de cierta edad, soltera, sentada junto á ella sobre un catrecillo, se ríe con la muchacha: ¡siquiera ésta no sufre!

— ¿Lo que tiene? mire usted, señor.

Y la señora nos enseña un cuerpo que nunca fué tal, pues dicha niña vino al mundo raquílica en sumo grado; las piernas son dos delgadas

cepas enrolladas una á otra, cual ramas de un tirso; los brazos son palillos, los dedos son gelatina; puede uno torcerlos en todos sentidos, como una piel de guante. En cuanto á lo demás del cuerpo, aparece como un minúsculo lfo de carnes pálidas y deshuesadas: ¿cómo puede vivir, con semejante estructura?

Mas lo cierto es que, si no puede andar, ni moverse, vegeta tristemente, en un hospital, en donde esta buena señora ha ido á buscarla para traerla con ella á Lourdes; y se ve claramente el profundo cariño que le ha dedicado á esta huérfana, la cual no quita ojo de su protectora, inquietándose, pareciendo un pajarillo perdido, no bien se aleja su gran amiga.

Hay que confesar que este hospital es, á un tiempo, un infierno corporal y un paraíso para el alma. En ninguna parte he visto, al lado de tan tremendos males, tanta caridad, tanta afabilidad. Lourdes es, en cuanto á misericordia humana, una maravilla; mejor que en otro sitio, cualquiera se ve aquí practicar los Evangelios, y se ven devotas que en nada se parecen á las agrias rezonas de nuestras iglesias, que se pasan horas enteras encomendando sus asuntitos á ciertos Santos cuyas estatuas tienen cepos especiales.

Rumiaba yo estos pensamientos al atravesar la verja, cuando me encontré con un camillero conocido mío; nos pusimos á pasearnos un poco

por la calle, delante de tiendas de rosarios. Pasó una tanda de peregrinos belgas, y mi amigo me dijo :

— Los belgas son los únicos que tienen aquí una organización envidiable ; bajo la rampa del Rosario han instalado una oficina de informes y otra, permanente, para socorros ; los expedientes de sus enfermos, provistos de certificados facultativos, comprobados con minuciosidad, son verdaderos modelos en ese género ; como administradores, son perfectos ; pero, como hombres, es otra cosa.

Forman, en Lourdes, bando aparte. Nosotros, cuando somos llamados para auxiliar á alguien, acudimos, sin preocuparnos de si el peregrino á quien hay que llevar ó bañar, es francés ó turco. No así ellos : sólo á belgas quieren asistir ; su compasión es patriótica, y su caridad, nacional.

Por cierto que ese egoísmo y esa necesidad de bienestar que desde hace algunos años han importado aquí, parecen no serles muy favorables á sus enfermos ; en efecto, después de haber obtenido, en tiempo de las primeras peregrinaciones, numerosos y célebres milagros, ahora no consiguen tantos. Antes, venían en tercera clase y no se apartaban de los enfermos clavados en cama ; hoy, han construído un tren especial, compuesto de vagones de primera, de vagones-camas, con una capilla para celebrar misa en el camino ; en fin, el colmo de lo comfortable ; luego,

ya aquí, y una vez colocados sus enfermos, la mitad de los enfermeros y de las enfermeras se escurren y se marchan á visitar la montaña. En una palabra : han convertido la peregrinación en un viaje de placer ; y claro es que, allá arriba, estas nuevas costumbres agradan poco.

— Pero, le dije, hay que tener en cuenta las intenciones ; como gente práctica que son, los belgas han querido evitar el doloroso horror de esos trenes de agonizantes, acarreados, en coches de castigo, de una á otra punta de Francia, de esos siniestros trenes blancos tan bien descritos por Emilio Zola, y han querido que sus enfermos estuviesen mejor instalados, para que padecieran menos. De modo que, colocando la cuestión en este terreno, ese confort resultaría un acto de caridad...

— Quizá, pero, no obstante, los hechos son elocuentes ; pregunte usted á los habitantes de Lourdes : á todos les ha llamado la atención la disminución de mercedes infligida á los belgas desde que ya no viajan pobremente y desde que descuidan á los enfermos graves para ir, en bandadas, á divertirse.